

Revolución del saber, cambio social y vida cotidiana

Carlos Jesús Delgado Díaz

Profesor. Universidad de La Habana.

El presente estudio, realizado desde la perspectiva de la epistemología filosófica, tiene el propósito de contribuir a pensar el cambio social en la realidad cubana contemporánea; una tarea científica que reclama de los investigadores especial esfuerzo intelectual y búsqueda de asideros metodológicos y epistémicos que permitan establecer coordenadas de reflexión heurísticas y habilitadoras.

En lugar de asumir compromisos de partida con alguna teoría social concreta, intentaremos reflexionar desde el marco teórico general que nos ofrecen los procesos que tienen lugar en la ciencia contemporánea. ¿Existen fundamentos para asumir una perspectiva teórica tan poco habitual?

Consideramos que al menos dos argumentos pueden fundamentar la validez de nuestra perspectiva. Primero, en el siglo xx los procesos de cambio en el saber y el cambio social han resultado enlazados por la revolución científico-técnica (RCT) al punto de que muchos analistas coinciden en denominar a la sociedad

contemporánea como sociedad del conocimiento.¹ Segundo: los cambios ocurridos en la ciencia mundial han impulsado una revolución que está sentando nuevas pautas intelectuales, con profundas consecuencias para la investigación social.

En nuestra reflexión pretendemos deslindar y enlazar tres momentos significativos: la revolución del saber en la ciencia contemporánea, las consecuencias de esta revolución para el conocimiento social, para finalmente desde esas nuevas claves de análisis, aproximarnos a la problemática de la ciencia política y el cambio social en la sociedad cubana contemporánea.

La revolución inadvertida

Llamamos revolución inadvertida a la que se produce en el hombre, los modos de concebir y producir el conocimiento y la ciencia misma. Ella está cambiando nuestra comprensión del sentido y alcance del conocimiento y su relación con los valores humanos; las relaciones entre ciencia y moral, subjetividad y objetividad. Modifica sustancialmente el lugar del

Mención en el Premio *Temas* de Ensayo 2004, en la especialidad de Ciencias sociales.

conocimiento científico en el sistema del saber humano, involucra especialistas, artefactos y tecnologías, y tiene en su centro el cambio del hombre común, los modos de producir y comprender el conocimiento, su lugar y su valor en el proceso de vida.

Subversión material y espiritual de la cotidianidad

Uno de los resultados más impresionantes del avance científico y tecnológico ha sido el cambio sustancial en la vida de millones de personas. En épocas anteriores de la historia humana la vida cotidiana² se había desenvuelto casi exclusivamente dentro de patrones «cerrados» de interconexión. La cotidianidad había sido siempre sumamente conservadora en relación con lo nuevo, respecto al conocimiento, los modos de vivir y reproducir la vida social.

El saber imbricado en el cotidiano funciona socialmente de un modo peculiar. El hombre, en el proceso de aculturación, aprende y aprehende tácitamente —pre-reflexivamente— los modos de vivir y el manejo de los instrumentos necesarios para hacer la vida social posible. El conocimiento se incorpora espontáneamente a la vida y forma parte de ella en estrecha relación con los modos de sentir y querer, por lo que constituye un sistema de saber rico y multilateral. Su valor está relacionado directamente con las formas de vida y no es concebible fuera o en oposición a ellas.

El saber holista³ integrado a la vida cotidiana prefirió siempre la estabilidad al cambio. Durante milenios, esa fue la lógica del desenvolvimiento de la vida del hombre común. Visto desde esta última y la producción, el cambio ha sido, hasta hace poco, la excepción; mientras que la permanencia y conservación de lo precedente ha sido la regla.

La vida cotidiana del hombre en épocas anteriores cambió solo a través de procesos dilatados en el tiempo. Las generaciones incorporaron a su desenvolvimiento cotidiano lo nuevo, dentro de marcos precisos de conservación de lo anterior. Lo novedoso e innovador se adoptó siempre con lentitud y recelo, pues resultaba sospechoso como portador de incertidumbre y cambio en dirección desconocida. Esto es perfectamente compatible con el designio más profundo de la cotidianidad: garantizar la producción y reproducción de la vida humana. La creatividad estaba circunscrita, en su mayor parte, a un conjunto de actividades específicas, y su salida como saber y productos hacia la vida cotidiana debía someterse a, y estaba regida por, los mecanismos de regulación y de realización ya asentados, entre los cuales las costumbres y la tradición desempeñaban un papel relevante.

Los nuevos conocimientos adquiridos por el hombre, el desarrollo de nuevas formas productivas a partir de los resultados de la ciencia y la tecnología; la ampliación de los flujos informativos; la inclusión de todo esto en la vida cotidiana en forma de objetos e instrumentos, conocimientos y modos de vida transformados, está haciendo hoy día el cambio preferible a la estabilidad, y han elevado el valor social de la novedad y la creatividad. Esta modificación en dirección a la preferencia por el cambio podría entenderse como un progreso, una ventaja, un hecho novedoso positivo. Ello sería totalmente cierto, si no se tratase de un proceso en el cual la opción por el cambio y la instrumentación del saber se están convirtiendo al mismo tiempo en amenaza para la propia vida, y no solo la humana.

Desde la revolución industrial, pero sobre todo a partir de la RCT,⁴ el saber científico y tecnológico —los modos de ser, conocer y actuar de la ciencia y la tecnología—, han subvertido el mundo del hombre en tres direcciones fundamentales: el conocimiento humano, la vida cotidiana como proceso material y esta como proceso espiritual.

El conocimiento humano generado desde la ciencia —justificado como saber absoluto desde la modernidad, e investido de poder total a partir de la RCT—, ha dejado de ser un saber estrechamente unido a las formas comunitarias de vida, para erigirse en un nuevo demonio, en instrumento de dominación de lo humano y lo natural por el hombre o, más exacto, por algunos hombres. El conocimiento humano fue siempre una categoría más elevada e integradora que cualquiera de sus componentes, pero a partir del desarrollo de la ciencia desde el siglo XVII, el conocimiento científico que esta produce se erigió en patrón normativo de conocimiento y paulatinamente desplazó todo otro saber, hasta constituirse, casi exclusivamente, en representante único y legítimo del saber humano.

Al penetrar en dominios inexplorados del micromundo, el megamundo y la vida, el conocimiento humano, desde la ciencia, ha hecho posible la realización práctica de la creación y destrucción del mundo por el hombre. La sociedad del conocimiento se transforma así en sociedad del riesgo. En la era de mayor profundidad y alcance del conocimiento científico, la creencia en la omnipotencia de ese tipo de saber como dominio externo a las personas y las comunidades está siendo subvertida por las fuerzas desatadas por la propia ciencia, y se resquebraja.

La ciencia, que desde la modernidad generó la creencia en que todo se podía conocer, predecir y manipular con exactitud en beneficio del hombre, se enfrenta hoy a un conjunto de problemas, —entre los que sobresale el ambiental—, donde conocimiento

exacto, predicción y manipulación se hacen improbables, cuando no imposibles. Y no solo porque algunos métodos puedan resultar inadecuados para la cognición de objetos nuevos, sino también y junto con ello, porque el conocimiento revolucionador de la vida cotidiana, incorporado a ella por múltiples vías, despierta en las personas valoraciones diversas que no pueden continuar considerándose ajenas al proceso cognitivo. Forman parte del saber humano y han de ser asimiladas por la producción humana de saber científico.

Como proceso material, la vida cotidiana ha sido dotada por la ciencia de nuevos instrumentos que potencian las capacidades humanas y cambian la vida de las personas, a la vez que la hacen dependiente del conocimiento y los nuevos productos del saber que han de revolucionarla también en el futuro. Formas ancestrales del hacer de la vida humana desaparecen envueltas en un constante proceso de cambio, homogeneización y creación de dependencias. La vida cotidiana se subvierte mediante la destrucción de sus formas y la instrumentación de un modo material único de su realización.

La subversión material de la vida cotidiana por los productos del conocimiento y la tecnología ha conducido a la mejora de las condiciones de existencia de una parte significativa del mundo, pero este no es el único resultado. La estandarización de la vida humana y la pérdida de la sociodiversidad son resultados igual de notables, aunque absolutamente destructivos e indeseables. La cotidianidad subvertida tiende a hacerse única y dependiente de elevados consumos de Naturaleza, lo que incrementa su fragilidad. La pérdida acelerada de la sociodiversidad parece una carrera desenfadada en busca de estados sociales de homogeneidad y equilibrio; pero en términos de vida y sociedad homogeneización y equilibrio son equivalentes a la muerte.

Como proceso espiritual, la vida cotidiana se subvierte mediante la destrucción de las costumbres y la instrumentación de un modo ideológico único de realización. Mediante una inversión valorativa, el trabajo se reduce al empleo, el amor al sexo, la salud a la enfermedad, la calidad de vida al bienestar, la familia a su relación económica, la persona al individuo.

La homogeneización conduce a un empobrecimiento mayor de la diversidad espiritual humana, a la exclusión y marginación del otro. También a la aparición de acciones, y a una serie de cuestionamientos existenciales ávidos de respuestas. Este último elemento es de importancia especial, pues la consecuencia más relevante de la subversión espiritual y material de la vida cotidiana no es el empobrecimiento y la deslegitimación de las formas de conocimiento cotidiano, sino lo contrario. La subversión ha devenido activación del hombre común; una activación cognitiva y social que lo impulsa a reconocer la valía de su posicionamiento como sujeto

en la cotidianidad y a defenderlo activamente mediante luchas sociales. Este sujeto activado presenta nuevas demandas sociales y recurre a la innovación para suplir las ausencias y superar las barreras, para su libre desenvolvimiento. La activación de las personas comunes en la sociedad contemporánea no puede explicarse solamente como resultado de los procesos de educación y las facilidades tecnológicas para la comunicación social; tiene que ver ante todo, con la construcción de nuevos espacios y modos espirituales de realización de la propia vida cotidiana, que los ha forjado como sujetos nuevos de una cotidianidad transformada.

Direcciones de ruptura en la ciencia contemporánea

La revolución inadvertida —en tanto formación de nuevos ideales de conocimiento y un saber distinto, ruptura con viejos ideales, normas y valores— ha comenzado a emerger como nuevo saber, al menos en cuatro direcciones interconectadas: 1) la revolución epistemológica, 2) la sustitución del ideal de simplicidad por el de complejidad, 3) el nuevo holismo ambientalista y 4) la bioética.⁵

Muchos investigadores se equivocan al considerar estas direcciones como asuntos separados y para nada relacionados entre sí. Esto se debe, en parte, a las barreras disciplinarias que todavía influyen fuertemente en la formación de los especialistas, y también a las diferencias de origen entre estas líneas de desarrollo teórico.

Si los cuestionamientos epistemológicos y de complejidad parten de un riguroso análisis de las cuestiones teóricas y formales para producir finalmente nuevos cuestionamientos y soluciones de frente a la práctica y la vida; el camino del holismo ambientalista y la bioética es inverso. Las reflexiones fueron motivadas por las preocupaciones ciudadanas ante la ciencia y las consecuencias morales del quehacer científico, para elevarse después a cuestionamientos teóricos. Aunque las cuatro direcciones mencionadas coinciden en la vinculación de lo teórico y lo práctico, las reflexiones epistemológicas y complejas se plantearon la relación del conocimiento y los valores primero desde la teoría del saber; mientras las reflexiones bioéticas y ambientalistas lo hicieron desde la óptica de la práctica del saber. Esto explica por qué muchas veces se identifica y reduce la bioética a los problemas y conflictos que aparecen como resultado de la implementación práctica de los avances científicos, y por qué suele pasarse por alto que de la confluencia de estas cuatro líneas de reflexión crítica emana una nueva concepción de la ciencia, el conocimiento y la Naturaleza.

La epistemología de segundo orden, la bioética, el holismo ambientalista y el pensamiento de la complejidad

han producido desarrollos conceptuales que deben considerarse por el resto de las disciplinas científicas, en especial por las ciencias sociales. En aras de la brevedad, y orientados a la búsqueda de nuevos presupuestos metodológicos, identificaremos solo los aportes más relevantes.

La epistemología de segundo orden ha cuestionado el presupuesto clásico de objetividad que separa al sujeto y el objeto del conocimiento y confiere al primero un lugar epistemológico privilegiado que le permite alcanzar supuestos conocimientos objetivos sobre la realidad. En su lugar, ha fundamentado el carácter relacional de la cognición y demostrado que no existen ni posicionamientos epistemológicos privilegiados, ni objetividad absoluta emanante de aquel. En consecuencia, no existen portadores privilegiados de conocimiento, lo que fundamenta la necesidad de considerar la diversidad de sujetos epistémicos y saberes, al mismo tiempo que plantea la urgencia de atender a la capacidad creadora e interventora, y no solo mediadora, de los instrumentos, lo que tiene un valor extraordinario para la reconsideración de la vida cotidiana.

La revolución copernicana, que abrió las puertas del desarrollo científico moderno ubicó al saber científico por encima del resto de los saberes, y deslegitimó el valor cognitivo del sentido común y la cotidianidad. Colocó a los instrumentos como mediadores entre el hombre y los objetos del conocimiento. El paso ulterior de la ciencia consistió en deslegitimar por completo al saber cotidiano considerándolo desprovisto de veracidad, y a los instrumentos como elementos pasivos que no añaden nada al proceso cognoscitivo.

La corrección introducida por la epistemología de segundo orden asegura que la objetividad es posible como omnijetividad, involucramiento de sujeto, objeto e instrumentos en el proceso de construcción de conocimientos, de modo que a las diversas formas de conocimiento y praxis corresponden verdades diversas, contextualizadas, situacionales. La vida cotidiana es nuevamente objeto de atención epistemológica, asunto fundamental para las ciencias sociales, pues en ella se realiza el proceso de producción y reproducción de la vida misma. De estos desarrollos teóricos en el campo de la filosofía emana una orientación metodológica específica: los procesos de la cotidianidad han de ser estudiados no como fenómenos marginales, casuales o singulares, sino como formas de cambio y emergencia de lo nuevo.

La bioética presta atención al conocimiento como producto humano colectivo y devela la falacia de la supuesta neutralidad de la ciencia y la tecnología. En consecuencia reformula el objeto de la ciencia planteando que esta debe preocuparse no solo por la producción de conocimientos, sino también por la pertinencia social

y su uso. Si el desarrollo científico-técnico transforma la sociedad del conocimiento en sociedad del riesgo, la tarea científica no concluye en el laboratorio. La pregunta por los valores involucrados en esa producción de saber es pertinente y no puede excluirse: es necesario pensar la producción de conocimientos como producción de valor. Ética, responsabilidad social y objetividad del conocimiento dejan de ser asuntos opuestos.

El holismo ambiental muestra que las preocupaciones de la ciudadanía forman parte inalienable de la producción de conocimientos y deben no solo ser consideradas, sino que ellas pueden ser motores de nuevos desarrollos intelectuales y elevar el conocimiento científico a nuevos escalones. Lo que fuera un movimiento social de ecología superficial, ha devenido, con el paso del tiempo, preocupación de ecología profunda acerca del lugar del hombre en el sistema de la Naturaleza, y su responsabilidad, que abre el camino de un nuevo paradigma ecológico. El problema ambiental ha demostrado que los marcos disciplinarios e incluso científicos para el planteamiento de algunos problemas resultan estrechos e imposibilitan la búsqueda de soluciones. El horizonte científico se ha ampliado y tornado cada vez más cultural e histórico. Los problemas científicos dejan de ser competencia de un reducido grupo de especialistas para hacerse problemas de la comunidad humana.

Finalmente, y no en último lugar, los estudios de la complejidad, la dinámica no lineal, los sistemas dinámicos autorregulados, han ampliado los marcos conceptuales en que la ciencia concebía las relaciones de determinación y causación. El ordenado mundo de la modernidad ha pasado a ser de procesos de creación, orden, desorden y organización, donde el orden emana de interacciones diversas, deviene estabilidad en cambio. El mundo «dado» cede su lugar al mundo «virtual», y la ciencia productora de certezas cede el suyo a la ciencia nueva que permite trabajar con la incertidumbre.

La revolución inadvertida nos plantea entonces un conjunto nada trivial de imperativos metodológicos: la reformulación del objeto de la ciencia; la consideración de lo emergente, el caos y el anti caos, los procesos de auto-organización; la omnijetividad epistémica; la creatividad natural y social como horizontes científicos; y una imprescindible vuelta de las preocupaciones científicas hacia la vida cotidiana.

Complejidad social y pensamiento social: instrumentos y saber

El pensamiento social, sobre todo la ciencia política, suele privilegiar en sus análisis 1) los enfoques que atienden las realidades del Norte industrializado, y 2)

los macrofenómenos y procesos, aquellos que se presentan decisivos al desencadenar acontecimientos históricos y cambios políticos. Por su parte, los pequeños procesos y fenómenos, que desde el cotidiano de vida contribuyen cada día y a largo plazo a los cambios políticos, se pasan por alto con demasiada frecuencia, como si no existieran y no tuvieran significación efectiva. Así, por ejemplo, el Tercer mundo es algo políticamente pequeño para una buena parte de las teorías sociales y políticas. En los enfoques dominantes, la compleja realidad del mundo no industrializado ha sido olvidada muchas veces y caricaturizada otras. Conceptos como periferia, Tercer mundo, Sur, subdesarrollo, pueden llegar a equipararse en el discurso político o en el analítico, precisamente porque portan una carga negativa. Somos lo que no debería existir y se nos conceptualiza desde esta dimensión negativa, donde las posibilidades de que algo surja por sí mismo como alternativa no tiene espacio, pues para ese tipo de discurso científico y político somos un estado de cosas residual e infértil, una negatividad plana donde no es posible esperar más que desorden y desintegración, a menos que se alcance —por obra de algún misterio mágico— el estado de «desarrollo» propio de los centros de poder.

Indudablemente, la realidad de desigualdades, discriminación, marginalización, déficit y carencias, distorsión social y económica que se esconde tras estas realidades y conceptos resultan indeseables y motivan inmediatamente el propósito de superarlas. Los matices ideológicos de las propuestas concretas dan vida y rostro propio a las vías de superación, que incluyen el exterminio fascista de la población en las nuevas guerras de conquista del siglo XXI, las reformas de todo tipo, el canto de sirena del desarrollo prometido que nunca llegará, y la hoy pospuesta, pero siempre latente, movilizadora, evocadora y radical revolución social.

Las distorsiones conceptuales de los enfoques incapaces de captar la diversidad han llegado incluso a la elaboración de estereotipos, según los cuales el subdesarrollo, el Tercer mundo, el Sur, lo indeseable y prescindible, lo que debería transformarse, desarrollarse, modernizarse, democratizarse, liberalizarse y demás, estaría situado en una parte de la geografía política, fuera de los territorios de las metrópolis. Sin embargo, la realidad fenoménica tercermundista se encuentra también en las periferias internas del territorio de los centros de poder, identificada allí por los sin techo, los inmigrantes, los grupos marginados, las minorías, las personas ubicadas por debajo de los «mínimos decentes» y de los índices de pobreza «aceptables». Además, el Tercer mundo político-geográfico muestra también sus manchas de desarrollo, sus bolsas de Primer mundo, en las megalópolis «industrializadas» y

«desarrolladas», como caricaturas de lo posible o supuestamente alcanzable.

Es urgente una ciencia política alternativa que se distinga de la que está en boga. Pero cuando esta pretensión científica e ideológica se formula como demanda cognoscitiva y práctica de una ciencia política nueva, pensada desde el Sur, inmediatamente se levantan obstáculos que considerar: ¿vamos a renunciar a la universalidad y objetividad del conocimiento político y social? La ciencia política debería ser pensada como una, universal y objetiva. De este modo, parece situada ante una disyuntiva antinómica. Seguir siendo la ciencia «universal» y «objetiva» que no reconoce la vitalidad y diversidad del Sur, o ceñir sus generalizaciones a la diversidad de realidades que investiga.

¿Es posible aquí la objetividad y la universalidad?, o más exactamente, si no quisiéramos desprendernos de estos términos por los afectos epistemológicos que todavía despiertan, ¿qué orden de objetividad y universalidad es posible en la ciencia política? ¿Realmente estamos ante un conocimiento universal de la política, o por el contrario, se ha considerado universal un conocimiento resultante de la racionalización de cierto estatuto político, cierto *status quo* elevado a la categoría de universal cognoscitivo trascendente? Desde Maquiavelo, los estudios de la política se han planteado como tarea evitar la tentación de convertirse en una racionalización del poder. Sin embargo, el esfuerzo realizado, en su mayor parte, parece olvidar que puede racionalizarse el poder de cierto tipo histórico de sociedad; y la ciencia política occidental se acerca más a una racionalización del poder y los modos políticos del capitalismo que a una ciencia «objetiva» de la política.

Para evitar que la ciencia política se convierta en una racionalización de la política, y el poder en justificación del *status quo*, no basta con apelar a la universalidad cognoscitiva trascendente, o con evadir que se adopten como puntos de partida los intereses y compromisos ideológicos de los sujetos involucrados. A nuestro juicio, habría que hacer precisamente lo contrario; en una palabra, considerar de manera efectiva la diversidad del mundo político.

Los intereses suelen considerarse desde lo que posibilitan a lo que impulsan, lo que condicionan y propician. Tomarlos en cuenta epistemológicamente es considerar que ellos no solo inducen a la acción política y encauzan el pensamiento y las conductas en ciertas direcciones mediante la suposición de fines y la delimitación de tareas; al hacerlo, también establecen límites a esas acciones y pensamiento posibles.

Desde la modernidad, las ideas de objetividad, universalidad y ciencia andan unidas, por lo que cuestionarlas implica el planteo de la pregunta cero de

la epistemología: ¿Es posible una ciencia de la política? Hace mucho que sabemos que lo social se distingue por su variabilidad y la presencia permanente de la voluntad y la intencionalidad humanas; que existen nexos entre el conocimiento y los acontecimientos ulteriores; que ambos están vinculados multidireccionalmente; pero el destello de complejidad presente en estas ideas se ha suprimido en aras de la expresión científica, que suele diluir la especificidad en la generalidad, unificar y suprimir la diversidad. Especificidad y diversidad tienden a desaparecer a la sombra de los conocimientos «objetivos», «universales» y «verdaderos». Con ello muchas teorías sociales han reducido los elementos constitutivos de la complejidad política —la intencionalidad humana y el carácter relacional y procesal de lo político, la diversidad sociopolítica del hombre— a un esquema básico de simplificación. Pero como los conocimientos sociales son efectivamente parte de la trama y participan en la creación de realidad, lo pensado y modelado desde la ciencia y la política se ha venido haciendo realidad en la unificación práctica material, económica, política, social y cultural del hombre —en parte lo que hoy llamamos globalización—, en la cual corresponde al Tercer mundo el destino periférico de lo que no debería existir.

El compromiso de la ciencia social con el ideal clásico de racionalidad la condujo y la conduce a cercenar la diversidad social y política, porque la producción de conocimientos está gobernada por la concepción del sujeto separado, no involucrado, y por la modelación instrumental de la realidad política y social que emana de esa separación. La pregunta cero de la epistemología no se formula para encontrar un fundamento de objetividad y universalidad trascendente que haga posible la ciencia política, sino para establecer con claridad las condiciones de posibilidad de una reflexión científica de este tipo, como ruptura con el ideal clásico de racionalidad.

Si existe un rasgo distintivo de la producción intelectual de la ciencia política occidental, es la ceguera o incapacidad para trabajar la diversidad. Las cosas pequeñas se pierden para la ciencia política occidental, porque ellas forman parte de la diversidad, y la diversidad política del hombre es un imposible fenoménico y ontológico para la racionalidad clásica. Para ella, debe existir una realidad política única, un orden político esencial y, de ser posible, un pensamiento político único, adecuado a ese orden. Si algo caracteriza las producciones de la ciencia política dominante en el mundo de hoy, es su incapacidad para distinguir y lidiar con la diversidad, que se suprime constantemente como pequeñez.

Concentrémonos pues en el estudio de la naturaleza epistemológica de esta ceguera intelectual. Muchos pensadores han coincidido en constatar que el

conocimiento social en su forma actual no está a la altura de los acontecimientos. Los instrumentos son el elemento clave para entender la brecha entre las ciencias de la naturaleza y las que estudian la sociedad. Algo ha ocurrido con los instrumentos, durante el siglo xx, que ha marcado una notable diferencia en el mundo social, la producción y el conocimiento. A lo largo de la historia muchos filósofos han considerado la importancia crucial de los instrumentos. Aristóteles, Bacon, Descartes, Marx, Whitehead y Heidegger se cuentan entre los más destacados, al pensarlos en relación con la metodología, la delimitación de las sociedades, el avance de la imaginación y el pensamiento, y la producción de teorías científicas.

Al considerar el papel de los instrumentos conviene distinguir 1) el aspecto físico: los instrumentos como agentes materiales que se utilizan por el hombre para el conocimiento y la transformación; 2) el aspecto metodológico: la modificación de los modos de pensar al emplear diversos instrumentos, y 3) el lugar de los instrumentos en la estructura del pensamiento científico. Esta última cuestión es crucial para nuestro análisis del relativo atraso del conocimiento social.

No hay mejor ciencia para pensar el problema de los instrumentos que la astronomía; por otra parte, si existe una ciencia en la que podría suponerse defendible el punto de vista del distanciamiento objetual, es esa ciencia.⁶ El astrónomo no puede manipular los objetos astronómicos; están lo suficientemente alejados como para que sea posible realizar una acción efectiva sobre ellos. ¿Se obtiene aquí el conocimiento como observación pura? Ni remotamente. Los modelos de observación y de construcción del conocimiento resultan ser también aquí esquemas idealizados de la práctica, que el investigador lanza al mundo, con los cuales condiciona la observación y lo observado. El objeto astronómico está involucrado y condicionado por la práctica humana, tanto en los modelos conceptuales como en los instrumentos de que el hombre se vale para hacer posible la observación del «objeto».

Por mucho tiempo, la astronomía no contó más que con la capacidad de percepción del ojo humano bien entrenado. Después, con la mediación de un instrumento —el telescopio—, el universo de la luz perceptible al ojo humano se ensanchó y se hizo más dinámico. Pero la mayor parte de las radiaciones no es luz, y quedó fuera del alcance de los astrónomos hasta que fueron creados nuevos instrumentos. La nueva astronomía de finales del siglo xx revolucionó nuestro concepto del Universo. Como afirman los autores del libro *La nueva astronomía*, «para hacer una analogía con el sonido, la astronomía tradicional era un esfuerzo por entender la sinfonía del Universo con oídos que podían oír solo el Do central y las dos notas adyacentes».⁷

En las ciencias sociales y políticas, la cuestión de los instrumentos no se reduce a los artefactos y los procedimientos. Se refiere a los modelos conceptuales con los que delimitamos las realidades empíricas que investigaremos, y a la realidad política que consideraremos existente.

Lo imperceptible se hizo perceptible. Hoy nos admiramos ante las imágenes de objetos astronómicos antes invisibles. Esto se logra gracias a un proceso en el que los instrumentos transforman los patrones de emisión en imágenes perceptibles para nuestra sensibilidad, para nuestro cuerpo. Esta traducción es la transformación de un fenómeno en una imagen legible por nosotros. No hay nada más semejante a un proceso hermenéutico, solo que aquí estamos ante un proceso hermenéutico material. Al ser perceptibles, las imágenes hacen posible que nuestra capacidad de captar patrones se pueda utilizar, y entonces realizamos la producción de conocimientos sobre la base de una interpretación que se nos presenta y con la cual interactuamos. Eso se llama, desde la filosofía, una hermenéutica fenomenológica. El resultado es que, en lugar de la inmersión corporal de los observadores, la imagenología actual produce para los observadores involucrados un nuevo modo de hacer cercano algo espacial y perceptivamente distante. Las imágenes astronómicas no son irreales ni subjetivas, aunque es indudable que estamos ante un proceso de construcción e intervención deliberado y diseñado.

Lo ocurrido con la astronomía y la imagenología no es simplemente la interposición de un instrumento entre el observador y lo observado; sino que el instrumento cumple una función hermenéutica y fenomenológica que hace cambiar al observador al variar su posición en el proceso cognoscitivo. Esto tiene una importancia crucial para las ciencias sociales y la política.

Nuestros instrumentos para el estudio de lo social —salvo excepciones— no son aparatos materiales de medición y registro, ni traducen emisiones recibidas en imágenes visibles, pero sí hacen perceptibles o invisibles para los investigadores las realidades sociales. Lo que vemos y no vemos depende, en gran parte, del lugar en que nos colocan los instrumentos que empleamos. No somos observadores distantes ni puros, ni tampoco empleamos las teorías sociales como anteojos que se interponen entre nosotros y la realidad; nuestras teorías de partida, empleadas como instrumentos, producen una doble hermenéutica detrás de la cual está la realidad social.

En las ciencias sociales y políticas, la cuestión de los instrumentos no se reduce a los artefactos y los

procedimientos. Se refiere a los modelos conceptuales con los que delimitamos las realidades empíricas que investigaremos, y a la realidad política que consideraremos existente. Los modelos conceptuales actúan y hacen visibles o invisibles diversos componentes de la realidad social. El universo de mediaciones teóricas instrumentales, genera «imágenes» en cuya lectura participamos con una posición subordinada de antemano al lugar que los instrumentos nos confieren. Por cierto, esto quiere decir que, por lo general, podemos estar seguros de algo: cuando la explicación de lo social indica un futuro único, la hermenéutica de los instrumentos ha hecho todo el trabajo. Debemos prescindir de esos instrumentos. No es difícil suponer que tras las certezas que nos ofrecen se esconden enormes omisiones, espacios de silencio, invisibles sociales.

Consideremos además el problema de la presencia de mediadores autónomos en el proceso de conocimiento social. Buscamos habitualmente la intencionalidad sociopolítica manifiesta, las pertenencias de grupo, la representación de los intereses. Debemos considerar el funcionamiento autónomo de los instrumentos en el proceso del conocimiento social. La teoría actúa por sí misma, desde sus presupuestos; constriñe y habilita, permite a la vez que impide ver ciertas cosas, no solo a la ciencia, sino que las teorías incorporadas a la vida social, a través de la circulación de las ideas y la divulgación, también lo impiden o permiten. Un buen ejemplo es cómo las teorías, las sociedades y las personas coinciden en no ver a los mendigos, en confundir indigentes e indígenas, en proscribir la existencia de la diversidad. Los instrumentos objetivados se presentan como auténticos actores no humanos de lo social y lo político.

A modo de resumen podríamos decir que la racionalidad no clásica demanda de los investigadores de la sociedad 1) prestar atención a la vida cotidiana, buscando en ella los gérmenes de lo nuevo y el correlato de nuestras elaboraciones; 2) considerar los intereses y la subjetividad como límites que constriñen el desenvolvimiento de lo social; 3) identificar el lugar que confieren al investigador los instrumentos empleados para realizar sus investigaciones; y 4) develar el funcionamiento autónomo de esos instrumentos, como

agentes al ser incorporados a la trama cognoscitiva y sociopolítica.

Intangibles políticos de la cotidianidad cubana contemporánea

La sociedad cubana se ha modificado sustancialmente desde los 90. Entre los efectos negativos de estos cambios se encuentran manifestaciones sociales de inequidad, desigualdad y marginalidad.⁸ Tomando en consideración los presupuestos metodológicos antes estudiados, analizaremos algunos fenómenos emergentes en la cotidianidad cubana actual, los que, siendo intangibles políticos en el presente, podrían resultar nada pequeños vistos desde una perspectiva de futuro.

Complejidad de la situación cubana posterior a 1989

Desde sus inicios, la Revolución cubana propició el desarrollo educacional y científico, de la salud pública y la seguridad social como realización de los ideales de progreso y justicia social, en los marcos de la implementación práctica de un modelo alternativo de desarrollo económico y social. Se alcanzaron logros importantes en la construcción de una sociedad basada en la equidad y la solidaridad. En los 90, la pérdida de abastecimientos y mercados, el atraso tecnológico y la falta de competitividad de numerosas empresas redujeron al mínimo la producción social, y la crisis económica abarcó todos los sectores de la economía nacional, lo que hizo caer rápidamente los niveles de vida de la población.

Para enfrentar la crisis no bastaba con considerar sus efectos sociales, tecnológicos y productivos. Se hizo necesaria una reestructuración total de la economía, que implicó atender los efectos sociales inmediatos de la crisis adoptando una política de amplio espectro social. Se buscaron alternativas tecnológicas y de organización del trabajo para sacar adelante las empresas, pero fue necesario, además, realizar cambios básicos en el régimen socioeconómico y en el ordenamiento jurídico.

La búsqueda de salidas políticas a la situación económica generada por la caída del campo socialista y la modificación sustancial de los escenarios políticos y económicos nacionales, regionales y mundiales fue posible mediante una reestructuración de la sociedad cubana, una transformación económica, jurídica, política, social y también ideológica. Entre esas salidas, las más importantes incluyen cambios en la Constitución en asuntos esenciales como el nombre del Estado⁹ y el

régimen de propiedad; la introducción de capital extranjero y la reforma del sistema empresarial; la búsqueda de soluciones al problema del empleo, el subempleo y el desempleo; el reacomodo de la fuerza laboral mediante el cambio de actividades y lugares de trabajo. La vida cotidiana de las personas se vio afectada económica e ideológicamente. En su conjunto, la crisis y las políticas de cambio movieron significativamente a la sociedad cubana, que entró al siglo XXI en un contexto de incertidumbres y re-emergencia de fenómenos sociales de marginalidad y pobreza.

A este respecto es importante señalar que el primer nivel de manifestación de desigualdades sociales en Cuba no tiene que ver con la diferenciación de grupos, sino que atañe a la sociedad en su conjunto y se expresa como relación asimétrica con respecto a la etapa anterior al Período especial. Esta desigualdad ha tenido profundas consecuencias sociales, pues la sociedad fue movida —como resultado de los cambios externos y las medidas internas para enfrentar esos cambios—,¹⁰ de su estado anterior hacia uno en que las condiciones materiales y espirituales de vida se deterioraron rápidamente.

El segundo nivel está relacionado con la diferenciación social y la aparición de sectores emergentes en la economía (capital extranjero y economía informal), la adopción de cambios en la organización empresarial en la industria y la agricultura, la dolarización de las relaciones empresariales, y la creación de un mercado para la recaudación de divisas.

Aunque el capital extranjero y la economía informal tienen un peso desigual en la economía nacional, ambos introducen elementos de heterogeneidad social, ausentes en las etapas anteriores. La presencia del capital extranjero trae consigo desigualdad económica y diferenciación empresarial con amplia resonancia social. Aunque operan en el contexto de una economía con predominio del sector estatal, y están sujetos a regulaciones y leyes, la esfera de los intereses se afecta significativamente. Por su parte, el sector informal —de menor peso en el volumen de la producción global, pero con presencia en la producción y comercio de alimentos, y sobre todo en los servicios a la población— hace difícil establecer medidas de control efectivo a gran escala, debido a su carácter heterogéneo. A su vez, como se trata de actividades laborales desarrolladas con un marcado interés de beneficio inmediato y en condiciones tecnológicas artesanales y semi-industriales, tienen además de los sociales, económicos y comunitarios, efectos ambientales locales y de impacto significativo ante fragilidades del entorno. A este respecto habría que incluir aquí las tensiones generadas por los fenómenos emergentes de pobreza y las urgencias materiales que afectan a la población y

que suelen resolverse siempre en detrimento del ambiente.

Sería erróneo considerar que estamos enfrentando solo las consecuencias de una crisis coyuntural y temporal. Las vías para superarla portan importantes elementos de ruptura que colocan a la sociedad cubana sobre una nueva base que afecta profundamente los ideales de justicia, igualdad y equidad.

Elementos de ruptura y desigualdades

Los elementos de ruptura resultantes de la crisis y las políticas instrumentadas para manejarla, que cualifican la situación cubana actual y se encuentran en la base de las desigualdades, podrían resumirse en la fractura ideológica, la devaluación del trabajo y la contradicción entre lo legal y lo legítimo.¹¹

1. *La fractura ideológica.* La primera consecuencia práctica en Cuba de la caída del socialismo europeo se hizo sentir desde finales de los años 80 como una profunda fractura ideológica. No solo se reconsideraron dogmatismos y certezas y se abrió un espacio social a la incertidumbre;¹² cambió la percepción social y el lugar efectivo de la religión en la vida de la sociedad, y se adoptó una nueva conducta y comprensión del fenómeno migratorio. Junto con la desaparición de los países socialistas de Europa del Este se esfumó la perspectiva de estos como «hermanos mayores», representantes de un futuro deseado y alcanzable; y con ello, la noción de un desenvolvimiento estable y progresivo, al margen del capitalismo, perdió su certeza absoluta. Junto con el campo socialista europeo cayeron algunas ilusiones sociales vinculadas a conceptos como socialismo desarrollado, y la esperanza de superar las condiciones del subdesarrollo en un período previsible de tiempo. Además, el discurso político-ideológico con respecto al ideal socialista cambió en breve tiempo. El término «socialismo» que se empleaba con un contenido generalizador, fue matizado primero como «nuestro socialismo», lo que significaba un distanciamiento con respecto al resto de los socialismos, y en el período inmediato posterior —ante los deterioros provocados por la crisis y la naturaleza de las medidas adoptadas—, cedió lugar al énfasis en la necesidad de luchar por la defensa de las «conquistas del socialismo». Tales mutaciones del énfasis terminológico, implican un cambio en las consignas políticas y un reacomodo ideológico importantes.

Las soluciones implementadas para salir de la crisis de los 90 han provocado una variación en la forma social. En tanto la salida de aquella no es una vuelta al estado anterior, las modificaciones tienen carácter

irreversible. No obstante, la sociedad cubana se debate entre el deseo de recuperar el estatus anterior y la aparición de una racionalidad social diferente, que trabaja en el establecimiento de nuevas relaciones y otro estado de cosas. La desigualdad es parte de este, y de los mecanismos de reconstrucción, porque proviene del entorno capitalista incorporado y de la incapacidad de la sociedad para hacer viable económicamente un proyecto social con pretensiones más amplias o semejantes a las existentes en la etapa anterior, sin sortear esa incorporación capitalista. Una parte significativa de la sociedad tiende a esa nueva forma y rompe con la anterior y con el orden jurídico e ideológico que la representaba. Esta es una contradicción importante porque se expresa en la polarización social y moral, que puede devenir polarización y oposición políticas al proyecto social socialista. De hecho, puede convertirse en una alternativa hacia la sociedad capitalista, que cobra forma en la reconstrucción de las relaciones sociales sobre la base del mercado. Esta forma económica provee bienestar a quienes participan de ella, lo que la presenta con un atractivo social que pone en peligro los objetivos generales de restablecimiento de la equidad.

Los efectos de las medidas económicas y políticas aplicados son duales, pues introducen fuertes elementos de diferenciación social, formación de intereses y grupos. Unido a ello se pueden constatar manifestaciones de crisis de valores.

Ante la crisis económica y las nuevas realidades socioeconómicas, el hombre común ha reaccionado de modo efectivo, modificando su conducta de acuerdo a nuevos imperativos que no responden coherentemente a las líneas ideológicas y políticas de la dirección revolucionaria. La separación entre el discurso político-ideológico oficial y las formas emergentes en la cotidianidad representa una ruptura social grave. Ha tenido un lugar muy importante en la vida cotidiana la orientación a la búsqueda de salidas individuales y familiares. La afectación de los ideales colectivos y el sistema de valores del hombre común tienen, indudablemente, efectos sobre las relaciones sociales y la política. No creo que los estudiosos de la sociedad hayamos desentrañado las consecuencias a largo plazo de esta fractura ideológica; ni siquiera la hemos discutido con profundidad.

2. *La devaluación del trabajo.* La crisis económica de los 90 y los cambios ulteriores han modificado la conducta de las personas haciendo más profundo un proceso sumamente grave que tiene sus inicios en la etapa anterior, cuando no se percibían todavía los acontecimientos por venir en el socialismo europeo. Siguiendo concepciones predominantes en la URSS después de la muerte de Lenin, la propiedad social

socialista, en su variante estatal, se consideraba —en el marxismo-leninismo— la forma superior de propiedad, y se estimaba que el resto debería desaparecer con el tiempo, fundiéndose en la primera. Esta idealización tenía un rostro cotidiano peculiar. Todas las formas de propiedad y actividad económica situadas al margen de la socialista se veían como males necesarios o como rezagos del pasado, que deberían desaparecer. Esta noción teórica condicionó una conducta cotidiana de rechazo a formas de actividad no vinculadas a la propiedad estatal. Por este camino, el trabajo dejó de verse como una actividad valiosa en sí misma, puesto que su valía estaba relacionada con la legitimación estatal. Este es un asunto complejo para explicarlo en forma resumida, aunque los términos estatalización del trabajo y la vida lo caracterizan con exactitud.

La crisis económica afectó la economía social colectiva a tal punto que la problemática del empleo tuvo que encontrar vías de solución apelando a formas de trabajo mixtas, y a otras no estatales, personales o propias. Sin embargo, a pesar del atractivo económico de muchas de estas actividades laborales, persisten los constreñimientos jurídicos y la percepción social de su marginalidad. Además, la pérdida del poder adquisitivo de la moneda nacional, el déficit constante de efectivo en la economía familiar, la doble circulación monetaria interna y el carácter a la vez vinculante y excluyente del mercado en CUC vinieron a acentuar algunos fenómenos negativos en relación con el trabajo, y han contribuido a su desvalorización.

Esta no se reduce a la pérdida de valor de la moneda o el atractivo que puedan tener o no ciertas actividades laborales. El trabajo ha perdido mucho de su valor social como modo de satisfacción de las necesidades de las personas, contribución al bien común y elemento esencial de la socialización y la formación de valores. En la coyuntura de crisis, y aún en la actualidad —a pesar de la recuperación y las medidas recientes que han devuelto al país la soberanía monetaria y una controvertida centralización—, cualquier forma de obtención de recursos económicos parece y suele ser más efectiva que el trabajo realizado y retribuido en la economía estatal. Si se une a esto la precariedad de la oferta comercial industrial en moneda nacional, las diferencias de calidad y las insuficiencias en el abastecimiento normado, los precios elevados de la oferta agrícola, el establecimiento de nexos horizontales en el entramado social entre las personas, la aparición de múltiples formas de auto-organización social, y la circunstancia especial de que el Estado continúa siendo el elemento económico central del país, cabe preguntarse ¿de dónde provienen los recursos para las redes de relaciones horizontales o, más concretamente,

para la economía subterránea, el mercado negro, y la diversidad de mercados paralelos no oficiales, pero reales y efectivos? No es necesaria una investigación exhaustiva para saber que provienen de la economía estatal.

Así, nos encontramos ante una base social sumamente amplia para la corrupción y la tolerancia ante conductas corruptas; específicamente aquellas relacionadas con las formas de auto-organización de la vida económica no estatales, pero que no están de espaldas a la economía estatal que sirve de proveedor involuntario. Existe conciencia en la sociedad y el gobierno cubanos de la gravedad de estos asuntos, expresada en respuestas educativas, políticas y jurídicas, en la convocatoria a enfrentar la corrupción y el delito como fenómenos indeseables que comprometen el futuro. Sin embargo, la reconstrucción de las pautas de desenvolvimiento social cotidiano constituyen un elemento central a considerar.

El estado de cosas actual condiciona un comportamiento ciudadano dual. Las personas critican las conductas delictivas y el desvío de los recursos estatales, mientras participan cada día de esas relaciones que forman parte de su vida cotidiana. No se trata de un fenómeno que pueda caracterizarse a secas como doble moral; más bien estamos ante una dualidad de vida y la emergencia de nuevos espacios de socialización.

Lo grave del fenómeno del delito y la corrupción no estriba en su existencia como desviación de la conducta de individuos, incluso de ciertos grupos; su mayor gravedad radica en los vínculos de ella con formas de auto-organización social que, en las condiciones de Cuba y su crisis, y la precariedad de los servicios y las ofertas comerciales, han contribuido a la sobrevivencia de la población y se han incorporado a su vida cotidiana como redes estables de relaciones alternativas, entre las que se encuentra el mercado negro. La devaluación del trabajo, de conjunto con las formas de auto-organización social están en el centro de las desigualdades y denotan intangibles éticos y políticos de gran importancia para el presente y el futuro. Es un problema esencial en la sociedad cubana contemporánea que compromete el futuro político del proceso revolucionario y su cualidad como sociedad de trabajadores.

3. *La contradicción entre lo legal y lo legítimo.* Desde los inicios del Período especial se introdujeron cambios jurídicos, necesarios para adecuar la legalidad a las nuevas condiciones económicas y sociales. Una de las manifestaciones negativas de estos cambios consiste en que el ordenamiento jurídico choca con la auto-organización social y adopta un carácter restrictivo, al tratar de contener los fenómenos que, desde la óptica ideológica y política de control social, resultan indeseables.

Esto incluye las formas «capitalistas» y «mercantiles», y todas las que se apartan de la legalidad establecida o se contraponen a ella; entre ellas, formas de auto-organización de la vida cotidiana.

La vida suele marchar con más prisa que la legalidad, sobre todo en lo referido a los requerimientos, urgencias y deseos de la población, lo que contribuye a la emergencia de una contradicción entre la legalidad y la legitimidad.

Satisfacer las necesidades de la vida cotidiana es indudablemente legítimo, pero las formas de satisfacción, accesibles a una parte importante de la población cubana no siempre son legales. Están relacionadas con las desigualdades y la marginalidad que en lo económico se provee de recursos sustraídos al Estado por medios ilegales. Esto es un resultado del desbalance entre la forma social colectiva de solución de la crisis, necesariamente lenta y a largo plazo, y la necesidad y el deseo de la población de resolver sus problemas inmediatos. Contrario a lo que pudiera pensarse, la ruptura con la legalidad no es propia solo de los sectores marginales. Los marcos de la legalidad resultan estrechos y coercitivos para con las formas nuevas y viejas a que recurre la población para resolver sus problemas inmediatos.

El resultado más preocupante de esta coyuntura es que lo legal —que defiende y protege la opción colectiva— pierde su carácter legítimo ante la legitimidad de lo ilegal —que se vincula a la satisfacción de las necesidades individuales y familiares entre ellas. Esta es una contradicción que vulnera las bases morales y políticas de la convivencia social cubana, propia de las etapas anteriores, y de los ideales y logros alcanzados en la construcción de una sociedad solidaria, basada en la equidad. La contradicción entre lo legal y lo legítimo atañe no solo a la satisfacción de las necesidades y urgencias de vida más perentorias, sino que se enlaza también con los retos de las tecnologías avanzadas y la ideología del consumismo.¹²

Las nuevas tecnologías representan un reto importante, pues se encuentran vinculadas a la cotidianidad en los servicios de todo tipo —en especial los de salud, donde las que provienen de la ciencia cubana han representado un avance muy importante para superar las condiciones de deterioro del Período especial—, y en las condiciones de vida en el hogar. A primera vista, pareciera que estas tecnologías y productos constituyen una demanda de los sectores privilegiados por su posición económica más alta, con mayor nivel de acceso al mercado en divisas. Sin embargo, un aspecto importante de su demanda está vinculado con el alto nivel de instrucción de la población cubana —indicador inequívoco del desarrollo, la equidad, y los niveles de vida alcanzados en las etapas anteriores, los esfuerzos educativos permanentes en estos cuarenta y cinco años—, y la insatisfacción

de necesidades muy variadas donde se incluyen las comunicaciones, la información, el transporte, la recreación, todas directamente relacionadas con el bienestar.

Las demandas de este tipo y la imposibilidad de satisfacerlas por vías legalmente establecidas contribuyen a la aparición de formas alternativas, donde se reproducen los mecanismos de auto-organización basados en formas de marginalidad, propias de otras necesidades más urgentes de la vida cotidiana. Así, las redes alternativas para la satisfacción de las necesidades incluyen desde los alimentos y el aseo, hasta servicios de transmisión de televisión, música, juegos y video, venta de computadoras y electrodomésticos, acceso a Internet y servicios de correo electrónico, telefonía celular, e insumos diversos para estos servicios.

Ambos retos —consumismo y tecnologías avanzadas— atañen también a la correlación entre lo individual y lo colectivo, pues muchas veces las nuevas tecnologías están vinculadas a formas de realización y apropiación individuales que no pueden ser satisfechas por los mecanismos de educación y comercialización colectivos, concebidos para ellas en los marcos legales establecidos en el país. Estos mecanismos son legítimos; pero, una vez más, pueden ser satisfechos solo mediante vías alternativas ilegales.

La contradicción entre lo legal y lo legítimo tiene un profundo impacto en los proyectos de vida, la socialización de la juventud y la orientación ideológica, moral y valorativa de las personas, e indudablemente repercutirá en la vida futura.

En conclusión, cabría preguntarnos ¿qué enfoque científico resultaría más adecuado —heurístico y habilitante— para el estudio de estos fenómenos sociales? Si renunciamos a los elementos metodológicos que nos aportan los nuevos saberes científicos podremos considerarlos como fenómenos negativos del presente, situacionales y coyunturales, que podrán ser corregidos o desaparecerán en el futuro en la medida en que las transformaciones económicas, políticas y sociales permitan superar la crisis iniciada en los 90. Si nos ubicamos en las perspectivas que ofrece la racionalidad no clásica, lo que se presenta como intangibles político-morales hoy, constituye en realidad producción social emergente de nuevos espacios de socialización y cambio social.

Notas

1. El término sociedad del conocimiento da cuenta de la influencia decisiva que ejercen en la sociedad contemporánea la ciencia y los conocimientos que se materializan en el sistema productivo y la vida social mediante la introducción de nuevas tecnologías, materiales, procesos de dirección y control, agentes humanos y

tecnológicos relativamente autónomos; denota la transformación del sistema social desde sus bases culturales más generales.

2. El concepto de vida cotidiana se enfoca aquí desde la perspectiva epistemológica que distingue diferencias sustanciales en los elementos estructurales de la actividad humana: objeto, sujeto, medios y producto. Atendiendo a la comunidad en el carácter objetivo de la actividad y las diferencias sustanciales en cuanto a objeto, sujeto, medios y producto pueden distinguirse la actividad científica y la actividad (vida) cotidiana.

3. En la vida cotidiana sujeto, objeto, medios, y producto se encuentran inmersos en la actividad y resultan inseparables de ella. El conocimiento se distingue por su incorporación al proceso de vida, y conserva su carácter holista, es decir, la capacidad de expresar la totalidad sin el sesgo de fragmentación y orientación al privilegiar el conocimiento de las partes en detrimento del de la totalidad, sesgo que asumió la ciencia desde la modernidad.

4. Nos referimos a la RCT a partir de los años 50 del siglo XX hasta la actualidad, donde, con independencia de las clasificaciones en sub-etapas que caracterizan procesos específicos de cambio, se mantiene la orientación hacia un cambio simultáneo, concatenado y acelerado en la producción, la ciencia y la tecnología.

5. Es imposible, por razones de espacio, referirnos al proceso de establecimiento de estos cuerpos teóricos, pero todos ellos se han desarrollado en la segunda mitad del siglo XX y son ampliamente conocidos desde los 90. Entre las contribuciones más importantes se encuentran las realizadas por Henri Atlan, Gregory Bateson, Tom Beauchamp, Victoria Camps, Fritjov Capra, Rachel Carlson, John Casti, Adala Cortina, James Childress, Hans-Peter Dürr, Tristram Engelhardt, Heinz von Foerster, Murray Gell-Mann, Pablo González Casanova, Diego Gracia, Jesús Ibáñez, Steven Johnson, Stuart Kauffman, Enrique Leff, James Lovelock, Niklas Luhmann, Benoit Mandelbrot, Humberto Maturana, Edgar Morin, Arne Naess, Pablo Navarro, Van Rensselaer Potter, Ilya Prigogine, Ernst F. Schumacher, Viacheslav S. Stio-pin, Rene Thom, Francisco Varela.

6. Este ejemplo de la astronomía como disciplina ha sido desarrollado por Viacheslav S. Stio-pin. Véase por ejemplo «La concepción activa del conocimiento. Discusión con Igor Alekseev», *Cuestiones de Filosofía*, n. 8, Moscú, 1991, pp. 129-31.

7. Para un análisis más detallado de las cuestiones epistemológicas de la astronomía y la imagenología véase «Imaging Technologies: A Technoscience Revolution», ponencia presentada por Don Ihde, profesor de la Universidad de Stony Brook en el XXI Congreso Mundial de Filosofía, Estambul, Turquía, 10-17 de agosto de 2003. La cita ha sido tomada de dicha ponencia y corresponde a N. Henbest y M. Maden, *The New Astronomy*, Cambridge University Press, 1996, p. 6.

8. Las desigualdades no constituyen por sí mismas fenómenos negativos. Son parte de la diversidad natural y humana; sin embargo,

las desigualdades que polarizan la sociedad y colocan a los seres humanos en condiciones sociales de inequidad tienen que ver con el desarrollo socioeconómico, las políticas y los modos de construcción y auto-organización de una sociedad dada. Las desigualdades sociales deben ser consideradas y tratadas en el marco de la solidaridad, la justicia (distributiva y conmutativa), y la equidad.

9. No se cambió el nombre del Estado, pero se hicieron cambios constitucionales en asuntos esenciales que lo incluyen. La reforma no dejó el asunto del nombre del Estado en el sobreentendido en que había quedado en la Constitución de 1976. Técnicamente, nunca se ha cambiado el nombre del Estado, si asumimos que siempre hemos sido «República de Cuba» a secas. La mayoría de los juristas no aceptaría jamás que se hable de cambio *de nombre* o de cambio *en el nombre*, ni de cambio que incluya o afecte el nombre. Quienes no somos juristas, y algunos juristas también, vemos que ocurrió un cambio mayor. Se modificó el Artículo 1, y se introdujo un Artículo 2 que dice: «El nombre del Estado cubano es república de Cuba, el idioma oficial es el español y su capital es la ciudad de La Habana».

10. Forman parte del contexto de cambio la caída del socialismo, el predominio de la globalización neoliberal, el recrudecimiento del bloqueo económico, la adopción de medidas para superar la crisis, hechos que afectan los niveles básicos de la construcción social, su orden jurídico y político. La fusión de estos procesos complejiza la situación cubana actual.

11. Señalamos estos tres elementos atendiendo a la importancia que revisten la ideología, el trabajo y el ordenamiento jurídico para la integración social en general, y especialmente en Cuba, en tanto la Revolución cubana plantea la construcción de una sociedad de trabajadores, sobre un basamento ideológico definido y una legalidad constituida en estrecha relación con los presupuestos ideológicos del proyecto social. Ello no significa que estos sean los únicos elementos que considerar. Una indagación más exhaustiva, que rebasa los límites de esta publicación, podría enriquecer tal panorámica.

12. Véase Jorge L. Acanda, «Recapitular la Cuba de los 90», *La Gaceta de Cuba*, n. 3, La Habana, mayo-junio de 2000.

13. Distinguimos el consumismo no por el nivel de satisfacción de necesidades, sino por la *forma* en que se realiza, mediante la creación constante de nuevas necesidades de consumo. Es la ideología de la permanente insatisfacción.